

Este libro nace de la vida universitaria.
En *La fórmula mágica* se unen la docencia y la investigación.

A partir del *Taller de lectura y escritura*, las profesoras comparten en este libro sus clases y los ejercicios trabajados con los estudiantes durante 2020. Tres profesionales fueron invitados a conversar con los alumnos y ahora con los lectores: Georgina Ricci, Juan Mascardi, Lucía Rodríguez.

Desde el proyecto de investigación *Lo real cotidiano en las escrituras contemporáneas*, sus integrantes juegan con las posibilidades de escritura con la memoria y la fórmula del "Me acuerdo" (la fórmula mágica del título) y lo ponen en común.

Este libro, con prólogo de Cecilia Reviglio, es una puesta en común de la experiencia y una propuesta de trabajo con el lenguaje.

Taller de lectura y escritura: Andrea Calamari, Clara Lopez Verrilli.
Proyecto de investigación *Lo real cotidiano en las escrituras contemporáneas*: Andrea Calamari, Clara Lopez Verrilli, Cecilia Reviglio, Hugo Berti, Ariana Piccioni, Rocío Blati, Lucas Martínez, Tomás Viú.

Universidad Nacional de Rosario

LA FÓ RMU LA MÍA GICA



LA FÓRMULA MÁGICA

Andrea Calamari
Clara Lopez Verrilli

La fórmula mágica, AA.VV

Rosario, 2021

UNR Editora

ISBN: 978-987-702-487-6

Concepto y producción: Andrea Calamari, Clara Lopez Verrilli

Ilustración: *La mochila de Chatwin*, Josué Gómez

Diseño: Javier Acuña

NINGÚN DERECHO RESERVADO

Las palabras y sus posibles combinaciones son una propiedad colectiva, por lo que compartir este texto no constituye un delito.

Puede prestarse, copiarse, retocarse o plagiarse creativamente, siempre y cuando no se haga con fines de lucro y se mantenga esta nota.

La fórmula mágica es un libro para descargar y fotocopiar.

índice

6	CÓMO ESTÁ HECHO ESTE LIBRO
	Prólogo
10	ESCRIBIR Y LEER EL MUNDO. UN MUNDO. OTROS MUNDOS
	1
18	1.0 ESTO NO ES UN TALLER LITERARIO. Leer, escribir, releer, reescribir
22	1.1 AL PIE DE LA LETRA - Aprender a leer y a escribir
30	1.2 RATAS EN UN LABERINTO - OULIPO y escritura potencial
42	1.3 EL MUNDO COMO STOCK - Escribir con lo que hay
54	1.4 LA LENGUA Y LA VOZ QUEDABAN INMÓVILES - Lo que muestra una escena
66	1.5 DESOCUPADO LECTOR - Un comienzo es una promesa
82	1.6 EL DINOSAURIO ESTABA ALLÍ - Textos mínimos
94	1.7 LA COSA AL FINAL DE LA ESCALERA - Experiencia y narración
102	1.8 MANEJÁS EL CAMIÓN DE MADERA POR LA ALFOMBRA - Escribir con la experiencia
	2
114	41 DINOSAURIOS
	3
130	3.1 TAMBIÉN SE PUEDE NO ESCRIBIR
134	3.2 NO ME PUEDO DESPEGAR DE UN LIBRO AMARILLO
138	3.3 LA MOCHILA DE CHATWIN
146	3.4 POR EL CAMINO MÁS LARGO
150	3.5 LA TRAMA DE UN GÉNERO QUE SE DEFINE POR LO QUE NO ES
	4
154	4.1 ¿CÓMO NO SE ME OCURRIÓ A MÍ?
162	4.2 YO ME ACUERDO
170	4.3 ME ACUERDO DE MIS ABUELOS
174	4.4 LA MUDANZA (ME ACUERDO, SE ACUERDAN)
178	4.5 ESTO ES PURO OLVIDO PARA MÍ
196	OBRAS CITADAS

prólogo

Escribir

y leer

el mundo.

Un mundo.

Otros mundos

CECILIA REVIGLIO

Esa sola idea fue una marca indeleble para mí: un cuento podía postergar la muerte, un cuento podía salvarte la vida.

El centro de la tierra. Jorge Monteleone

Cuando todavía iba al jardín de infantes, me sentaba a la mesa al lado de mi hermana mayor y en un cuaderno de tapas blandas que mi mamá me había dado disponía, una a lado de la otra, pequeñas nubecitas que dibujaba con el lápiz o la birome que me hubiera tocado en suerte ese día. Imitaba a mi hermana que sí sabía escribir y en un código cifrado jugaba a hacerlo también yo. ¿Jugaba? En ese código y consciente de que sólo yo podía descifrarlo escribía cartas que leía en voz alta a sus destinatarios. En ese código y sin saber del todo que sólo yo podía descifrarlo, dibujaba palabras después de preguntar en voz alta —imitando a mi hermana una vez más— si tal o cual se escribía junta o separada.

Durante mi adolescencia, solían visitarnos unos vecinitos que se habían convertido en parte de nuestra familia. Habíamos inventado un juego que consistía en que uno de nosotros pensaba un nombre, decía si era de nene o de nena y la inicial, y el resto teníamos que adivinar de cuál se trataba. Los dos varones mayores ya iban a la escuela y jugaban el juego con destreza pero la más chiquita, todavía en el jardín, insistía en participar a pesar de que aún no podía unir letras y sonidos. Así, “de nene y con P” podía tener como respuesta “Marcelo” o “Guido”, que también podía ser la respuesta a

la pista “con heche” —letra que repetía una y otra vez sin sospechar que se trataba de una letra muda y que estaba inventándole un nuevo nombre. No sólo la impulsaban el deseo de participar de cierto ritual grupal en el que estaban involucrados sus chicos —así se refería a sus hermanos— y el desafío de la adivinanza, sino también la fascinación por las palabras y las letras que no son necesariamente lo mismo.

Mi ahijado de seis años está fascinado por el mundo de las letras desde sus cuatro, cuando empezó a intuir que, combinados, esos trazos decían algo. Pasaba largos ratos jugando con letras imantadas de distintos tamaños, diseños y colores, preguntando hasta el cansancio por los sonidos con esa perseverancia que sólo tienen los niños con lo que realmente les interesa. Cuando en el jardín empezaron a llevar carteles con sus nombres prendidos del delantal, quiso aprender —a leer, primero y a escribir, después— el nombre de cada uno de sus compañeros. Y lo hizo, ya no sólo uniendo las letras imantadas, sino aprendiendo, al mismo tiempo, a dibujar el cuerpo de cada una de las letras. A los cinco, sorprendió a su mamá con un mensaje breve que había escrito —nobleza obliga— para mí, sin respetar renglones y con alguna que otra letra faltante. Su primera producción escrita.

Estas tres escenas infantiles son apenas ilustraciones que pueden condensar inicios memorables: los recuerdos, como retazos, de algunos primeros tiempos con la lectura y la escritura. Algunos, apenas, que se saben no representativos, singulares y, al mismo tiempo, compartidos. La experiencia de aprender a leer y escribir la lengua materna es universal y singular al mismo tiempo, en una dialéctica que nos une y nos hace únicos en un mismo movimiento del espiral de la construcción simbólica.

El mundo es otro cuando se vuelve alfabético, cuando las palabras, los pensares y sentires pueden escribirse. También cuando encontramos en alguna historia que otro, otra escribió, la cifra de algo que nos pasa, las palabras para eso que creíamos que no podía ser dicho, o el alumbramiento de un mundo que existe más allá de lo visible. Es otro, incluso, cuando podemos empezar a pensar y a escribir nuestro propio mundo. En una conferencia¹, la escritora argentina Mariana Enríquez contó que había escrito su primera novela siendo muy joven, simplemente porque no encontraba en lo que leía algo que la representara. La adolescente que era entonces necesitaba verse reflejada en una ficción, sentirse contada, comprobar que no estaba sola en sus vivencias. Esa ficción no existía. Entonces, ella la inventó.

1 Clase magistral. Enríquez, Mariana. Ciclo BA Cultura en Casa.
<https://mendozaencasa.com/clase-de-la-escritora-mariana-enriquez-ba-cultura-en-casa/6281/>

De eso se trata, tal vez, leer y escribir. De inventarse mundos y ficciones, de sumergirse en mundos y ficciones. Mundos y ficciones lingüísticos. Mundos y ficciones hechos de palabras. Mundos que se expanden, se cuelan, se retuercen, toman formas y texturas diversas; mundos poblados de voces que van relacionándose, mezclándose, contaminándose unas a otras. Digo mundos y ficciones no en referencia estricta a la literatura. Un cronista también inventa mundos y ficciones aunque aquello que narra sea verdad punto por punto. Alguien que lleva un diario también inventa, en su intento de reflejarlo, un mundo interior propio, un cuarto propio, un mundo de palabras. Porque no es verdad que las palabras sean equivalentes a las cosas. Las palabras y las cosas pertenecen a universos diferentes. Y los textos están hechos de palabras, no de cosas.

El gusto por los textos puede expresarse también como gusto por el lenguaje. Es el lenguaje mismo el que está puesto en juego en el placer de leer y escribir, en el placer del texto, como nos enseñara hace ya décadas, Roland Barthes y que viene a mi recuerdo al leer un fragmento de uno de los textos que componen este libro: “No nos centramos en los contenidos sino en la relación con el lenguaje, con la palabra y con la pulsión gráfica, con la lectura como práctica que tiene un fin en sí misma”².

De lenguaje estamos hechos. Somos lenguaje. Somos por y en el lenguaje. Y si con Barthes aprendimos el placer del texto y también que la lectura es una buena vehiculizadora del deseo de escribir, Émile Benveniste nos había enseñado antes que es precisamente el lenguaje y esa posibilidad que nos da de nombrarnos a nosotros mismos lo que constituye nuestra subjetividad. Tal vez sea por eso que nos gustan las historias, que las palabras maravillan a los niños y las letras se vuelven el mejor juego de enigma. Tal vez por eso, también, de grandes, muchos seguimos preguntándonos e indagando sobre la experiencia de leer y escribir. Porque leer y escribir es, en algún punto, un modo de investigar el mundo o los mundos, un modo de conocernos mejor, de imaginar posibilidades que aún no existen, de ejercitar la capacidad de imaginar, de prever, de cambiar, de entender, de vivir otras vidas además de vivir la propia. En sus clases sobre Jorge Luis Borges, Martín Kohan suele maravillarse no sólo por la proeza literaria que significa haber escrito el cuento *Emma Zunz*, sino imaginando lo que fue para Borges la experiencia de escribir *Emma Zunz*, de imaginar ese cuento, esas vidas, esa historia, ese plan, y de haberlo escrito. La escritura es, también, un modo de la experiencia.

2 Del capítulo: Este no es un taller literario

Algo de eso, tal vez, es lo que intentan poner en práctica Andrea Calamari y Clara Lopez Verrili a través de la construcción de un espacio de lectura y escritura enclavado en la universidad, en el marco de una carrera de grado que, si bien entre sus fines tiene la experimentación con los lenguajes, nunca había tenido un espacio para la experimentación con la escritura desmarcada de lo académico y de lo periodístico, los dos registros que más se ejercitan en la carrera.

Algo de eso es, tal vez, este mismo libro en tanto estamos en el umbral del relato de una experiencia que, a su vez, es ella misma una experiencia escrita, la experiencia de un taller de lectura y escritura.

En el libro que leerán a continuación encontrarán palabras, relatos varios que les permitirán conocer y vivenciar esa experiencia. Las partes que intentan acercarnos el todo están compuestas de textos que abordan reflexiones respecto de qué es leer y escribir, así como también propuestas para seguir pensando modos de escritura, reponer la pregunta por el lenguaje, por la dimensión poética de la palabra, por la plasticidad de una lengua que cuanto más conozcamos, menos ajena será. Barthes decía que la lengua es fascista porque obliga a decir. Podríamos afirmar también que somos más hablados por nuestra lengua que hablantes de ella. El desafío es, siempre, acortar la brecha que sabemos ineludible: hablarla más y ser menos hablados por ella.

También encontrarán propuestas de escritura a partir de lecturas, de juegos, de desafíos de otros escritores. Y podrán ver con sus propios ojos cómo esas propuestas se fueron concretando en el trabajo de algunos de los participantes del taller que hablan en este libro a través de sus producciones, en algunos casos; y del relato de la experiencia del taller, en otros.

Algunos otros invitados se acercaron a este convite. Georgina Ricci nos acerca al mundo de la edición mientras que Juan Mascardi y Lucía Rodríguez, ambos comunicadores, ambos escritores también, aceptaron compartir sus ideas sobre la lectura y la escritura. Los tres compartieron no sólo los textos que componen este libro, sino también su presencia generosa durante el dictado del taller, conversando y departiendo con estudiantes y docentes.

Por último, podrán leer algunas producciones, resultado del juego con una metodología de trabajo que ensayaron muchos escritores: el “Me acuerdo”. Martín Kohan es uno de ellos y en el libro también encontrarán una entrevista que mantuvimos con él los integrantes del proyecto de investigación y que fue editada minuciosa y detalladamente por Hugo Berti.

La pregunta por qué escribir, o por qué los hombres y mujeres de este mundo insistimos una y otra vez en escribir me ronda desde hace años. Y lo cierto es que las personas escriben, escribimos de diferentes maneras, en diferentes registros, con diferentes alcances textos de los que esperamos, por ejemplo, que circulen, otros del orden de lo íntimo que no trascienden los bordes de una casa o un cuerpo, textos en los que hablamos de nosotros mismos, que hablan de otros, que cuentan cosas que pasaron, que inventan personas, hechos, mundos; textos que funcionan a mitad de camino entre la ficción y lo documental, textos con pretensiones poéticas, listas de supermercado o tareas por realizar, informes de investigación; textos que relatan, otros que describen, otros que exponen, otros que argumentan. El mundo está poblado de textos escritos por hombres y mujeres que, sabiéndolo o sin saberlo, se esmeran aún a veces a pesar de ellos mismos en dejar marca, huella, prueba, inscripción vital.

Hace unos días, oscura, rumiaba sobre estos temas. En general vuelvo a esos interrogantes cuando siento que no puedo escribir y aunque nunca me obligo a hacerlo, el estado “no poder escribir” me desespera como pocos. Por esas casualidades de las que está sembrada la vida, durante esos días me encontré con un documental sobre Gabriel García Márquez³. En la última escena, él afirma que la única opción que acepta es la de no morir. Que lo único importante es estar vivo, que la muerte es una trampa, una traición, y que eso le parece muy injusto. La periodista que lo está entrevistando, entonces, le pregunta qué se puede hacer contra eso.

El colombiano responde.

Sin titubear responde.

Responde:

Escribir mucho.

³ Documental “Gabo, la magia de lo real”. Dir. Justin Webster